



"La Reina Isabel de Rumanía, en el mundo literario Carmen Sylva, fallecida el 3 de los corrientes en Bucarest. (De fotografía)"
1916, n.º 1.785, p. 182.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El caso de los dos estudiantes que aparecieron muertos de un balazo en la sien, en el parque del Oeste, pareció misterioso antes de que fueran identificados los cadáveres, y luego pareció claro, cuando ya se supieron los nombres y posición social de ambos muchachos, y se dió por averiguado que se habían suicidado por hallarse cansados de la vida.

Yo quisiera rectificar esto del misterio. ¿En qué consiste? Viene el misterio de los sucesos, o del alma? Es indudable que el misterio es siempre psicológico. Morir no tiene nada de misterioso; morimos porque nacimos; y hasta diré que puede no haber misterio alguno en un asesinato, aunque se ignore el nombre de su autor y cómo realizó el hecho — si el crimen obedeció a móviles vulgares —. Ejemplo: en casa de una vieja que ha reunido economías, entran unos ladrones, sin más fin que despojarla de ellas; y, sea para que no los delate, sea por mera brutalidad, la matan. Luego huyen y consiguen no ser cogidos, ni aun conocidos sus nombres. En tal crimen, no existe misterio alguno. No pasa de uno de tantos sucesos comunes y corrientes, dentro de la anormalidad, y ningún punto de vista nuevo descubre en lo íntimo de la espiritualidad humana.

Lo de los estudiantes del parque del Oeste es muy otra cosa. Después de saberse cómo se llamaban, qué edad tenían, cuál era su familia, cuáles sus hábitos, sigue igualmente impenetrable el enigma de las causas oscuras que los condujeron a morir a un tiempo, de igual suerte, en un rincón silencioso de un parque madrileño.

Hay una carta que tal vez arrojará clara luz sobre el extraño suceso. Esta carta está en poder de la familia de uno de los muertos. Debemos respetar el secreto amargo de esa carta de ultratumba. El juez no quiso leerla, y nosotros no podemos ni intentar adivinar su contenido ni echarnos a fantasear acerca de él. Hay muchas cosas que pertenecen al orden de lo privado, y en su penumbra deben permanecer eternamente, o al menos hasta que el paso del tiempo las haya ido borrando y desliendo, quitándoles su aguijón de dolor. ¿Cómo no apiadarse del de unos padres, de unos hermanos? Pero no ha de negarse que el misterio de tan triste suceso es igual o mayor que cuando se descubrieron los cadáveres, en pozas de sangre, sobre la hierba. Y es misterio de psicología, el más atractivo para el novelista y para el que no se cansa de contemplar lo que hay detrás de cada fenómeno, sus facetas tan diferentes.

Los teatros no cesan de estrenar obritas alegres. Hacen bien, porque el público no quiere nada trágico ni serio. Pide risa y más risa, y es admirable que la vena de los autores cómicos no esté agotada.

Ultimamente ya, el prurito de excitar la hilaridad había llegado a tal extremo, que se abusaba de los retruécanos, juegos y pulverizaciones de palabras, chisporroteos de frases, coincidencias de nombres y otros recursos parecidos, que ¡vaya por Dios! son muy del gusto del público. Hasta en las conversaciones estalla un fuego graneado de dicheos que pretenden tener ingenio, y no son sino cachos de calabaza, espolvoreada de sal gordinera. Os abrasan a colmos, os crucifican a paralelos festivos. ¿En qué se parece La Cierva a un tambor? No lo comprendéis; os lo revelan. En que La Cierva ha cerrado las tabernas, y el tambor hace rraa cataplau! Y como os quedáis con la boca abierta, pasáis por gente poco avisada y sin vuelo imaginativo... Por el estilo de tal paralelo eran los chistes que se aplaudían... Pare-

ce haberse iniciado una reacción favorable al mero buen sentido. No hemos exterminado al chiste de retorcido y escarola, pero empieza a concebirse que sin él puede existir risa. Y ya es un síntoma bueno.

La decadencia del chiste de sacacorchos se inició, o mucho me engaño, con un obra extranjera, *El amigo Teddy*, representada en el Teatro Infanta Isabel. Verdad que esta obra, representada por otro actor que no fuese Vilches, no hubiese ejercido el ascendiente que ejerció. Cuanto se diga respecto a la interpretación que este actor hace del personaje del yankee franco, astuto y sentimental, sería poco. Es lo que se llama una creación.

Es imposible matizar mejor, decir con mayor gracia, accionar con más propiedad y brío. Desde el punto de vista artístico, en la carrera de este actor, todavía bien joven, la obra señala una fecha memorable. Algo pudiera presentirse cuando le vimos hacer en *La Malquerida* un papel secundario, al cual supondar intensidad extraordinaria: el del Rubio, el cómplice del protagonista.

De ese pequeño teatrillo, situado en el corazón de Madrid, salen tentativas muy plausibles, adaptaciones de obras extranjeras como *Franz Hallers*, que he oído calificar de absurda, y que pudiera serlo en algunos conceptos, pero que se nos figura más real, después del suceso de los dos estudiantes, si es cierto lo que ha publicado la prensa respecto al influjo ejercido en sus espíritus por las truculencias y laneces folletinescos de los cines, y a la afición a parodiar tales escenas por medio de disfraces, gafas, pelucas y otros accesorios del mismo jaez. *Franz Hallers* es, quién lo duda, un melodrama, hasta repulsivo, a pesar de la genial interpretación de Vilches; pero estaríamos equivocados si pensásemos haberlo resuelto todo al escribir la palabra *melodrama*. El concepto a que responde no deja de tener su equivalencia en la vida. No hay género teatral a que la vida no se adapte. Está la vida llena de tragedias, dramas, melodramas, comedias, altas y bajas, sainetes, pasillos, entremeses, y hasta disparates cómico-lírico-bailables.

Franz Hallers se basa en un fenómeno muy poco común, es cierto; pero seguramente el autor alemán no ha dejado de consultar con algún médico, y éste le habrá dicho que en tal o cual clínica pudo observarse tal o cual caso de doble conciencia, con pérdida de memoria del estado anterior. Y este dictamen alegrará para excusar el asunto de su melodrama, en que un respetable magistrado, hombre de honor a carta cabal, sufre una perturbación que le impulsa a abandonar, por las noches, su domicilio, armado de cuchillo y pistola, vestido de vagabundo, y a juntarse en una taberna con una partida de asesinos y ladrones, haciéndose su jefe y cometiendo, a su cabeza, toda especie de delitos y crímenes. A la mañana siguiente, ni el menor recuerdo de los nocturnos episodios.

No será frecuente tal enfermedad, pero la ciencia la admite.

Hubo en Galicia un caso curioso, más curioso tal vez que el de *Franz Hallers*, y fué el del conocido por *Hombre lobo*, cuyos nombres de pila y apellidos eran, si la memoria no me es infiel, Manuel Blanco Romasanta. Este extraño criminal esperaba en la carretera o en las sendas fragosas de las montañas a las muchachas que iban a servir fuera de sus casas, en alguna ciudad no muy distante; las daba muerte, las despedazaba, y las enterraba en algún paraje solitario. Como estas muchachas en su mayor parte no sabrían escribir, sus familias no se alarmaban por falta de noticias de ellas. Si alguna vez sentían un poco de inquietud, la hipótesis era de que las mocitas habrían encontrado un modo de vivir agradable y no se acordaban de los suyos, o que habrían muerto de muerte natural, o emigrado a América. Al cabo, un día, no recuerdo por qué incidencia, fué capturado y procesado Romasanta. No negó: confesó que cometía tales atrocidades, porque a ello le llevaba un impulso irresistible. Como que él no era hombre, sino lobo, desde la fecha en que su padre le había maldecido, y, bajo el peso de la maldición, vagaba errante en los bosques, con instintos de carnívoro. Hasta aullaba y corría a cuatro patas.

La Audiencia de la Coruña, a pesar de la transformación, le condenó a muerte. Pero apareció no sé qué sabio francés, precursor de Lombroso, y se interpuso, dirigiéndose a la Reina Isabel II, e interesando su bondadoso corazón para el indulto y conmutación de la pena, en vista de la irresponsabilidad del reo. Y el Hombre-lobo, manso como un corderito, taciturno y metido en sí, se pasó lo que le restaba de vida haciendo calceta en un rincón de un patio del presidio. ¿Era un simulador? ¿Era un loco? Dada la naturaleza de sus crímenes, la perturbación mental no sorprende...

Y, volviendo a la transformación de la risa, diré que una obrita reciente, *Los Gabrieles*, parece también señalar rumbos más naturales a lo cómico. Algunos chistes del sistema de bala forzada hay en *Los Gabrieles*; pero, en conjunto, observo en esta obrita cierta sensatez, sencillez y verosimilitud. No diré que sea frecuente que un fraile se haga torero y un torero fraile; pero justamente de este trueque singular nace la gracia del enredo. El ambiente de la obra es ya francamente cómico por el contraste. Y el contraste existe; pero toreros y frailes son igualmente cosa muy española, y no tenemos que preguntar ni un instante, como en otras piecicillas: ¿de dónde sale esta gente? ¿De qué planeta se han caído?

Así, el ambiente es simpático, y hay una corriente de bondad en todos los personajes, que atrae y reposa. Claro que se trata de un juguete, de algo que no aspira más que a entretener un momento. Sólo que lo consigue, sin forzar los resortes, sin recursos demasiado efectistas. Hay mucho de buena ley en la obra, y los frailes, ligeramente caricaturizados, se rodean sin embargo de una aureola de bondad cristiana y de humanidad, más próxima a lo que realmente sucede, que las pinturas a lo Ortego, ya pasadas de moda.

La temporada del Real toca a su término. Artísticamente hablando, no ha sido tan mala como se temía. Nos ha revelado a Battistini, al cual teníamos en olvido y que ha brillado como astro de primera magnitud, y a algunos secundarios, dignos de estimación. Nos ha descubierto (sin *calembour*) a la Vix, que ha hecho una *Thais* deliciosa. Nos ha devuelto a Anselmi, algo mermado de facultades, pero siempre insuperable en *Tosca* y *Manón*. En conjunto, no puede decirse que fuese esta temporada la peor del Real, como algunos han propalado.

Tuvo que luchar la Empresa con la rivalidad de la Zarzuela, que escribió a Titta Ruffo, nombre sugestivo y fascinador para el público madrileño. Esto aumentó sus angustias. Madrid, sin embargo, puede con todo. Pudo con el regio Coliseo y con su enemiga la Zarzuela. Que vengan diversiones: las bolas responderán.

En vano se habla de tiempos difíciles. Lo difícil sería que un espectáculo más o menos atractivo no diese resultado.

Una señal de cierto bienestar, hasta en las clases más pobres, es el timo de las participaciones. No cabe que la gente humilde ignore que de un timo se trata, o puede tratarse, al menos. Sin embargo, se dejan estafar tranquilos. En vez de reunirse los de un taller, las de un obrador, los de una tienda, las de un mercado, para jugar mancomunadamente y tener seguro que, si les tocase, cobrarían, se confían en los profesionales de la tal estafa, que han hecho de ella un lucrativo modo de vivir. El oficio no tiene más quiebras que la que acaba de sufrir recientemente uno de los profesionales: que el número imaginario salga con premio, y entonces haya de descubrirse la farsa.

Más raro es, en cierto modo, el que vender en la calle décimos de lotería sea en Madrid una industria, si no muy productiva, por lo menos remuneradora. Véndense los tales papellitos a la misma puerta de las expendedorías oficiales, y, con dar un paso, se evitarían los compradores el sobreprecio. Además, las garantías serían mayores. Sin embargo, numerosa es la clientela de los ciegos, mujeres escuálidas, chiquillos esmirriados, que despachan décimos con aceptación. Y cuenta que yo no digo que no esté bien (aunque hoy se discute mucho la tesis) socorrer en la calle a tanto desdichado. Lo que quiero significar es que bien se puede socorrer a toda la humanidad y comprar los décimos en la expendedoría.

Pero mucha gente no piensa como yo. Tal vez, con superstición que no repruebo, piensa que el pequeño acto benéfico realizado al adquirir el número, puede contribuir, por misterioso modo, a que salga premiado. No hay por qué combatir tan inocente y hasta simpática idea. Mil modos existen de perseguir la ilusión. Y en esto de la lotería, es ilusión casi todo. Y por ser ilusión (lo más necesario), hay que perdonar a ese juego que tan severamente califican muchos, y que yo miro con suma indulgencia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.